

**PARTIDO DEL TRABAJO**



**LA IZQUIERDA MEXICANA  
ANTE LOS DESAFÍOS  
PRESENTES Y FUTUROS**

POR: ALEJANDRO ALVAREZ BÉJAR

PRIMERA PARTE

PARTIDO DEL TRABAJO



LA IZQUIERDA MEXICANA  
ANTE LOS DESAFÍOS  
PRESENTES Y FUTUROS

POR: ALEJANDRO ALVAREZ BÉJAR

PRIMERA PARTE

Introducción

Hay dos rasgos claves de una contrastante situación internacional en el continente americano, por una parte, mientras en Estados Unidos hay pruebas de que se profundizará el conservadurismo militarista-religioso y que buscará minar el multilateralismo y dismantelar lo que queda de estado de bienestar, afianzado con el corrimiento del electorado hacia la derecha (manipulado en

**LA IZQUIERDA MEXICANA  
ANTE LOS DESAFÍOS  
PRESENTES Y FUTUROS**

POR: ALEJANDRO ALVAREZ BÉJAR

PRIMERA PARTE

El otro rasgo clave es que tenemos una verdadera erupción social no sólo en contra de las políticas neoliberales inclusive dentro de Estados

## Introducción

Hay dos rasgos claves de una contrastante situación internacional en el continente americano, por una parte, mientras en Estados Unidos hay pruebas de que se profundizará el conservadurismo militarista-religioso y que buscará minar el multilateralismo y desmantelar lo que queda de estado de bienestar, afianzado con el corrimiento del electorado hacia la derecha (manipulado en medio de un importante malestar social contra la guerra en Iraq, la preocupación por las restricciones a las libertades civiles después del 11 de septiembre, los recortes presupuestales a los programas sociales y el rampante clima antilaboral) y con los demócratas consintiendo la holgada reelección de George Bush, en América Latina el electorado se desplaza claramente hacia el centro-izquierda, lo que permitió los triunfos primero con Lula, luego Kirchner, Lagos, luego nuevamente con la ratificación de Chávez, más tarde con Tabaré Vázquez.

El otro rasgo clave es que tenemos una verdadera erupción social no sólo en contra de las políticas neoliberales inclusive dentro de Estados

Unidos (donde se han registrado muy recientemente manifestaciones en 30 ciudades en contra de la privatización de la seguridad social), pasando por las protestas ejemplares en contra de las privatizaciones y la desregulación energética, del agua y de los servicios públicos en Bolivia, Perú y Ecuador, sino que, además, tenemos en las calles un abierto rechazo a los proyectos imperiales de integración, expresado con las protestas callejeras contra el CAFTA (acuerdo de libre comercio de Centroamérica con EU) en Guatemala, Honduras y El Salvador, contra el ALCA (área de libre comercio de las Américas) en Venezuela, Colombia y Brasil, contra el PPP (Plan Puebla Panamá) en varios estados mexicanos, etcétera.

Los vientos parecen soplar en direcciones contradictorias y difíciles de asimilar para las fuerzas de izquierda, en México y en el mundo. Para ubicar el caso de México, que es el propósito central de este ensayo compuesto por nueve apartados, examinamos primero los vientos políticos que fluyen desde el Norte en contraste con la dirección de los del Sur. Inmediatamente después, concentramos la atención en la coyuntura

mexicana para contextualizar la naturaleza y el alcance de la crisis política. Hacemos en seguida una exploración del amplio abanico que es la izquierda mexicana. Enfocamos después con mayor precisión la situación real y los planteamientos de dos fuerzas referenciales, el PRD y el zapatismo. En el apartado que sigue, tratamos de despejar la incógnita sobre si la izquierda vive una crisis de maduración o una crisis terminal. Después, intentamos ubicar el carácter de la base social predominante de la izquierda. Hacemos en seguida un recuento de los debates sobre estrategia y táctica. En un breve apartado abordamos el problema de si debe o no lucharse por el poder y las reformas, para cerrar con una la reflexión sobre el peso real de las divisiones y discrepancias.

Se espera con esto alimentar la reflexión y el debate, no cerrar la polémica dictando juicios sumarios contra alguna fuerza política, alguna personalidad o movimiento dentro de la izquierda. Se ofrece camaradería analítica para avanzar en conjunto, no agudezas intelectuales para revindicar patrioterías grandes o pequeñas.

Se busca hacer un diagnóstico objetivo sobre la situación actual, sobre la correlación de fuerzas, no echar las campanas a vuelo por los avances “históricos” de la izquierda mexicana ni lamentar las carencias estructurales ante las “tremendas posibilidades coyunturales que tenemos”.

El ascenso electoral de la derecha militarista e imperial en Estados Unidos.

Una combinación de graves desequilibrios comerciales y fiscales, más un abultado gasto militar en Estados Unidos, originan el declive vertiginoso del dólar en el mercado global, lo que ilustra el deterioro de la hegemonía estadounidense, pero además sirve de telón de fondo para explicar el por qué de la agresividad imperial norteamericana en el mundo, su reforzamiento de controles sobre Latinoamérica como su patio trasero y, también, su creciente preocupación por el “populismo radical” como la amenaza emergente más temible en América Latina, por lo que hace tiempo que encendieron los “focos rojos”.

De la delicada situación política en

Latinoamérica toda y del agravamiento de la debacle militar y moral norteamericana en Iraq, surge la adopción de un nuevo discurso democrático, supuestamente respetuoso de la realidad del “multilateralismo económico” y de la democracia electoral, “genuinamente preocupado por los derechos humanos en el mundo”, pero persistente en su intención de tipificar como “terroristas” a organizaciones que defienden con las armas derechos populares o nacionales y como “populistas” o “satánicos” a los gobiernos que no son de su agrado como el de Hugo Chávez en Venezuela y el de Fidel Castro en Cuba.

Lejos de la nueva imagen, está un endurecimiento real del gobierno de Bush en el plano internacional, para empujar el unilateralismo militar y el neoliberalismo a bayoneta calada, al colocar en puestos claves a un grupo connotado de agresivos y delirantes neoconservadores: Paul Wolfowitz exsubsecretario de Defensa y ahora director del Banco Mundial, Condolezza Rice como secretaria del Departamento de Estado, John Bolton como representante ante Naciones Unidas, John D. Negroponte exembajador en México, embajador plenipotenciario en Iraq y ahora “zar

del espionaje”, controlando 15 agencias de inteligencia, más el abogado de Enron, Alberto Gonzáles como Secretario de Justicia y otros más, todos a cual más nefastos.

Ese contexto de agudo desgaste político del neoliberalismo planteó a las potencias imperiales la urgencia de delimitar con claridad los alcances reales del terreno de juego para las fuerzas electorales de centro-izquierda emergentes, como lo ha probado el gobierno de Lula en Brasil funcionando más como garante de los intereses del gran capital financiero internacional y nacional, que como constructor de alternativas de vida para la amplia masa empobrecida del campo y la ciudad.

Así se explica también que Estados Unidos hoy insista en que no teme al ascenso electoral de la izquierda en Latinoamérica y, en consonancia, los “mercados financieros” demuestren que no sólo no temen a los gobiernos de izquierda, sino que han encontrado que los pueden condicionar (blindaje financiero de por medio) hasta hacerlos políticamente inocuos, funcionales a sus intereses, para llevar adelante la segunda generación de reformas estructurales que reclama el

neoliberalismo.

La “buena gobernanza” que empujó el Banco Mundial como categoría ideológica complementaria de la idea de un “Estado pequeño y eficiente”, está sirviendo de marco para profundizar la agenda neoliberal, mediante la exigencia de “eficacia” a los flamantes gobernantes recién electos, esto es, capaces de cumplir con el servicio de las deudas, en proporcionar los bienes y servicios para aliviar la pobreza extrema, mantener reglas e instituciones al servicio de los mercados y normas para transparentar las acciones estatales. Aunque, como veremos en el caso de México, deliberadamente han dejado de lado los problemas de gobernabilidad democrática, para encaminar el sistema político a la reedición del Estado burocrático-autoritario priísta, ahora con perfiles religiosos panistas, todo a imagen y semejanza del propugnado por los neoconservadores de Bush en EU.

El panorama latinoamericano está, pues, teñido de claroscuros que debemos tomar muy en cuenta en la coyuntura mexicana presente, porque

está mostrando los obstáculos reales para construir alternativas de fondo contra el neoliberalismo (no se ha conseguido más que negociar una parte del costo de las deudas) y poder liberar la tremenda energía de las luchas anticapitalistas (hoy contenida por el acrecentado poder de los monopolios sobre los gobiernos nacionales, con el chantaje de la fuga de capitales, las presiones especulativas contra las monedas, el soborno de funcionarios, la condicionalidad de los organismos financieros internacionales, la persistencia del imperialismo, el temor a las organizaciones populares por los gobiernos y otros delegados).

#### Perfiles de la actual crisis política mexicana

En México, el neoliberalismo que llegó asociado a Vicente Fox como su principal promotor y defensor, vive junto con él una debacle de su credibilidad, política y moral, en la que el desafuero contra López Obrador es sin duda, el episodio más negro de una larga cadena de incumplimiento de promesas, pero además, de hostilidades e intolerancia del foxismo contra el gobierno perredista en la Ciudad de México: en 2002, el Senado frenó una reforma política del

gobierno del D. F. que ya había sido aprobada por mayoría en la Cámara de Diputados, de ahí que tres años después, haya sido la Cámara de Diputados la que decidió sobre el desafuero y no la Asamblea Legislativa del D. F. que es el cuerpo legislativo local, y de ahí la confusión legal sobre esferas de competencia; antes de eso, había sido la alianza entre el PRI y el PAN la que votó en la Cámara la reducción del techo de endeudamiento del GDF para que no siguiera con su programa de obras (con la intención de bloquearle la iniciativa de construcción del segundo piso del Periférico); y casi enseguida, entre ambas reformaron el artículo 122 constitucional para obligar al gobierno capitalino a efectuar la descentralización educativa... pero sin la transferencia de recursos federales que ha implicado siempre con los estados de la federación (ingredientes obvios de la receta anti-populista: asfixia presupuestal, asedio jurídico, golpeteo político).

Empero, el voto pactado entre el PRI y el PAN el viernes 8 de abril de 2005, para dejar sin fuero constitucional y sin derechos políticos a López Obrador, ha sido la agresión más burda y grave por lo siguiente: porque le quita a la

población del Distrito Federal a un gobernante que fue electo democrática y mayoritariamente; porque la Cámara de Diputados violentó la Constitución al extralimitarse en sus funciones y desaforar y destituir simultáneamente de su cargo al jefe de gobierno, suplantando facultades que corresponden a la Asamblea Legislativa; pero además, porque montaba una provocación para despertar la ira y el descontrol del movimiento de masas, que apuntaba claramente a requerir el uso de la fuerza pública (el presidente de la Cámara, el sonorese Manlio Fabio Beltrones advirtió antes de la votación que requeriría la presencia de la PFP, “sin armas”, afuera del recinto legislativo “ante el riesgo de disturbios”) y porque se buscaba dar pie a que el Senado decretara la desaparición de poderes en el Distrito Federal, una vez desencadenada la violencia de las masas perredistas.

Aún consiguiendo el desafuero de López Obrador, la maniobra estratégica, sin embargo, fracasó y se exhibieron los titubeos del priismo sonorese ligado a los órganos de seguridad del Estado (Beltrones) disciplinado a plena luz del día por la mano turbia del poderoso y agresivo “grupo Atlacomulco” del Estado de México (a través de

Emilio Chuayffett). Una parte crucial del fracaso fue construída en el acto de masas previo a la sesión cameral, cuando Andrés Manuel insistió a los manifestantes que no lo acompañaran a la Cámara ni permanecieran en el Zócalo y advirtiéndole que la lucha sería de resistencia civil y pacífica, lo que al ser ejecutado ejemplarmente, descompuso el esquema de “disturbios” anunciado por los aliados del PRI-AN; otra parte, también crucial, es que la maniobra fue desmontada dentro de la misma sesión de la Cámara, con señalamientos oportunos e inteligentes del Diputado perredista Pablo Gómez, quien advirtió que la Cámara sólo podía votar la procedencia o no del desafuero, pero no la separación del cargo y menos dar facilidades para que el Ministerio Público solicite a un juez el inicio de un proceso penal al que se le pueden seguir sumando “causales”.

Todo se vale, había dicho unos días antes en televisión el excomunista, excuauhtemista, exfoxista, expowellista y persistente projorgista, Jorge Castañeda, con tal de sacar de la contienda presidencial del 2006 a López Obrador, con tal de recuperar (para el PRI, dado el desgaste del PAN) el control de la ciudad más importante del país; pero sobre todo, decimos nosotros, con tal de



someter a toda la izquierda a una marginalidad "adecuada" a un porcentaje electoral nacional no mayor del 12 por ciento, esto es, a la realidad de una "minoría creíble pero inofensiva", según los estándares del Departamento de Estado Estadounidense.

Del mismo modo, preventivamente, querían aprovechar la ocasión para reprimir también a la izquierda que no cree en partidos ni en procesos electorales, para golpear a los priistas nacionalistas, estatistas y con influencia en los organismos de masas con cierta autonomía, pues se trata de empujar aquí y ahora, con cargo al desprestigio acumulado por Fox, la reforma laboral, la energética y la de seguridad nacional, anticipando una reforma para dotar de capacidad al Senado para decretar la suspensión de garantías individuales.

Pero como en política eventualmente todo se paga, en especial los atropellos constitucionales, la Asamblea Legislativa reviró de inmediato con una "controversia constitucional" sobre la extralimitación de poderes de los diputados federales, pasando la papa caliente a la Suprema

Corte, para que dictamine quién tiene razón, pero cualquiera que sea su resolución, políticamente no estamos lejos de que la marejada política nacional e internacional se revierta sobre el régimen impulsando la idea del "referéndum revocatorio democrático" y que, eventualmente, sean las masas en acción las que sometan a referéndum la salida de Vicente Fox por violar la Constitución con la promoción de los Contratos de Servicios Múltiples en el sector energético. Estamos pues, inmersos en los callejones de una disputa jurídica, pero políticamente, en una auténtica disputa de masas nacional y una disputa internacional de la legitimidad. Y esa disputa jurídica abrió un "impasse" político, que dio tiempo a López Obrador para moverse por todo el país, llamar a la movilización del 24 de abril (que se ligará al primero de Mayo) y seguir ganando apoyos.

No está de más señalar que todo el montaje del desafuero largamente anunciado, no por azar llegó envuelto en un discurso diazordacista, autoritario, intimidatorio y legalista en defensa del "Estado de derecho"; fue minuciosamente planeada hasta la cobertura de medios de comunicación, para hacerla competir con la

cobertura de las honras fúnebres por la muerte del Papa Juan Pablo II.

Fox en persona preparó políticamente el terreno, pactando como siempre, en primerísimo lugar con el gobierno de Bush, la llamada agenda de Waco, Texas, a finales de marzo, en la que se formalizó un protocolo de seguridad ampliado, “que incluye la seguridad militar, la interna, la energética, la global, social y de acceso al agua dulce”. De ahí salió la “feliz coincidencia” del desafuero con el anuncio el primero de abril de la paramilitarización de la frontera Sonora-Arizona, mediante la aparición del Minuteman Project para “cazar migrantes”, en prevención de que los disturbios por el desafuero crecieran y la migración se disparara exponencialmente. Igual que en Chiapas, donde paramilitares controlan territorios en los que la autoridad civil se ha visto rebasada.

Cabildeando políticamente con la embajada americana, Fox impuso como “líder del PAN” a un ultraderechista como Manuel Espino para proyectarlo como secretario de Gobernación sustituto. Habló con los dirigentes de las cadenas televisoras, con las cúpulas del ejército, la armada

y la Procuraduría General, con las cúpulas empresariales, con el gobernador del Banco de México, con los dirigentes del Congreso del Trabajo, para que jugaran su papel en el manejo de un riesgo político fríamente calculado, de un “golpe preventivo” según los cánones de los neoconservadores de Bush; y luego, tuvo el tremendo “valor” y la “inteligencia política” de esconder la mano saliendo apresurado del país para asistir al funeral de Juan Pablo en el Vaticano y desde allá destacar que “México dio un ejemplo al mundo desde San Lázaro” (sede del Poder Legislativo).

Vivimos, pues, una situación de crisis política generalizada aunque discontinua y asincrónica, aclarando que el término de crisis política lo usamos para referir un alto grado de deterioro de la legitimidad de las instituciones estatales y de ninguna manera para sugerir que signifique que se están cayendo todas las instancias de gobierno y todos los intermediarios políticos al mismo tiempo y por las mismas razones.

Examinemos primero la crisis del presidencialismo. Vicente Fox arribó a la

presidencia con un importante capital político, pero hoy no puede ocultar que sufre una crisis personal y del presidencialismo, debido a cambios en la correlación de fuerzas dentro del Congreso, la pérdida de credibilidad en el discurso del “cambio” ante el incumplimiento de las promesas hechas en campaña por Fox (como la de que íbamos a crecer al 7 por ciento o que la bronca de Chiapas iba a ser resuelta en 15 minutos) y hasta por el colapso dramático, nacional e internacional, de su discurso contra la corrupción. (con crisis en la detención de Nahum Acosta, exdirector de giras presidenciales, presuntamente vinculado al narco y quien al final fue exonerado, pero denunció que fue tratado por la PGR con los cánones carcelarios del ejército norteamericano en Abu Ghraib y en Guantánamo).

Ahora bien, no hay que olvidar que en el sistema político mexicano, con todo y crisis, el presidente es cúspide de la pirámide de poder y ha sido y sigue siendo clave dentro de la estructura institucional, además de crucial en la vida y la cultura política misma, pues durante largos años ha ejercido influencia directa y capacidad de presión sobre los poderes legislativo y judicial, así como sobre los liderazgos de las agrupaciones de masas

corporativizadas por el Estado a través de su añejo partido oficial, el PRI.

No es extraño entonces, que la máxima tensión política entre las élites siga dándose hoy alrededor de la definición de los posibles candidatos a la presidencia y sus programas de acción política, que el poder de masas del presidente se encuentre hoy disminuido no tanto por la eficacia de las luchas anticorporativas de los sectores democratizadores (aunque algo de eso ocurre entre los trabajadores del IMSS que sufrieron la arbitraria modificación de su régimen de pensiones), sino por efecto de las propias contradicciones entre las cúpulas burocráticas que dirigen las organizaciones de masas como el magisterio del SNTE (cuya dirigente salinista, Elba Esther Gordillo, encabeza la pretensión de construir un partido propio), los empleados federales de la FSTSE (hoy dividida en varias facciones), los obreros de la CTM (desangrada con la salida de muchos sindicatos en Yucatán), etcétera.

Vivimos además, una situación peculiar de crisis del sistema de partidos, que si bien para algunos resulta difícil identificar, sus indicios más

visibles incluyen el rechazo más o menos abierto a los partidos entre amplios grupos de población (en especial, por su inutilidad para redirigir la economía en un sentido distinto al neoliberal), expresado en el abstencionismo creciente en muchas elecciones estatales, en el descrédito por la evidencia de vínculos entre políticos y narcos, en los escándalos por la compra de favores por parte de especuladores con bienes raíces (como los del “niño muerde” del Partido Verde Ecologista en Cancún), por dirigentes metidas en tramas amorosas con empresarios de dudosa vocación democrática (como Rosario Robles con Ahumada en el PRD), hasta las confusas alianzas políticas entre los partidos sobre diversos temas o con fuerzas disímbricas en distintas regiones (Oaxaca, Guerrero, Hidalgo, Nayarit), etcétera.

Por si fuera poco, hay también una crisis de legitimidad del Congreso que, durante un periodo largo sufrió con Fox los embates de la Presidencia de la República y, en otro, la embestida de las cúpulas empresariales porque no daba curso a las reformas estructurales de segunda generación; en una ocasión más, su descrédito creció porque respondió con prepotencia a los reclamos

Indígenas y zapatistas respecto a La ley de Derechos y Cultura Indígenas pactada en los Acuerdos de San Andrés, en otra, por la torpeza en la aprobación de la reforma del sistema de pensiones de los trabajadores del Seguro Social y se cierra, parcialmente, un ciclo de desastres políticos con la votación del desafuero. El desastre puede culminar en que los diputados que desaforaron a López Obrador sean llevados a juicio político.

Otro rasgo delicado y preocupante en la situación actual, es la crisis del sistema judicial por lo que se ha dado en llamar la creciente “judicialización” de la vida política, que en rigor no es más que la otra cara de la ausencia de canales institucionales para la atención y la solución de múltiples demandas sociales: el deterioro se evidenció con el rechazo de la Suprema Corte a las controversias constitucionales interpuestas por más de 300 comunidades indígenas contra la ley indígena aprobada por el Congreso, con el rechazo a la suspensión de la reforma al sistema de pensiones del IMSS exigida por su sindicato, pero también es producto de la flagrante colusión de los ministros de la Suprema Corte con el gobierno

foxista para dar curso a la solicitud de desafuero contra López Obrador, al igual que se ha exhibido con la colusión del Senado y la Suprema Corte para tratar de salvar a los priistas responsables de las masacres de 1968 y 1971, de los asesinatos selectivos y desapariciones de militantes de izquierda y sus familias durante los años de la “guerra sucia”, declarando el cargo de genocidio como prescriptible, aún en contra de todas las convenciones internacionales y tratados suscritos por el gobierno mexicano.

Con todo eso, al revisar los debates políticos en la actual coyuntura de México, uno se sorprende de la amplitud, contradicción y complejidad de los juicios que se hacen sobre la izquierda: mientras para unos intelectuales elegantes la izquierda mexicana no existe porque ellos lo dicen, para el secretario de Hacienda, Francisco Gil, “tendríamos una debacle financiera si llegara al poder un populista como López Obrador bajo los hombros de la cavernícola izquierda mexicana”; mientras para las cúpulas empresariales se requiere una izquierda “moderna y moderada”, para los comunistas históricos hace falta una izquierda “ortodoxa y de principios”; mientras unos insisten

en que la izquierda tiene hoy la más grande posibilidad histórica de acceder al poder y debe subordinarse a lo que sea, otros dicen que es una izquierda sumida en sus divisiones e incapaz de ver más allá del grupo disidente recién purgado de sus filas; finalmente, se dice socarronamente que la experiencia de izquierda ha servido para llegar al poder y sus cuadros más "experimentados y protagónicos" ya se reparten entre el PRD, el PRI y el PAN (Jesús Ortega, Jorge Castañeda, Juan Molinar Horcasitas, son pasados izquierdistas con presente controversial).

¿Qué es y quienes forman la izquierda mexicana hoy?

Aunque hay importantes referentes como el del historiador Barry Carr tratando de entender lo que era la izquierda mexicana más allá del Partido Comunista y queriendo entrar en la historia real de los “muchos comunismos” realmente existentes en los setentas y ochentas, hoy preferimos intentarlo arrancando de la formulación del texto de Sam Gindin donde se lee respecto al “Socialist Project” que los activistas que lo forman llamaron a “reconstruir la izquierda canadiense desarrollando un movimiento estructural contra el capitalismo”.

Llamaron a una formación política que fuera “más que un movimiento pero menos que un partido”.

De modo que, para responder tentativamente a la pregunta, podemos decir que la izquierda mexicana es hoy un amplio abanico de movimientos sociales, formaciones políticas, agrupaciones culturales, organizaciones no gubernamentales, organismos defensores de derechos humanos, agrupamientos ecologistas, partidos, sindicatos, organizaciones de productores, grupos de colonos, asociaciones indígenas, personalidades y hasta gobiernos estatales y locales, con presencia variada en distintos ámbitos institucionales, incluidos la Iglesia y el Ejército.

Pero en conjunto, no sería muy inexacto decir que somos menos que un partido pero más que un movimiento, que la izquierda es, en este sentido amplio, una gran corriente cultural que existe a nivel nacional como tendencia política definida contra el sistema capitalista, contra el gobierno corporativo o contra los excesos del autoritarismo, el patrimonialismo y la exclusión económica, política o social y que tiene, además,

amplia experiencia de lucha, aunque no está articulada orgánicamente como una fuerza única.

El problema más delicado que enfrenta hoy la izquierda mexicana es que el discurso neoliberal ha dejado a muchos ex, comunistas, trotskistas, maoístas, guevaristas y hasta socialdemócratas y nacionalistas actuantes, sin confianza en sus propias ideas, avergonzados de su “pasado estatista” y sin capacidad para reformular proyectos de cambio social. Y en un ambiente político dominado por el corporativismo de viejo cuño priista, la limitación de la presencia organizada de la izquierda en los grandes agrupamientos corporativos ha llevado a muchos (sobre todo a extranjeros, aunque también a intelectuales de sectores oficialistas) a la equivocada conclusión de que “la izquierda mexicana no existe”.

Comienzo por decir que los agrupamientos políticos tradicionales que tenían referentes internacionales en México han, prácticamente, desaparecido como tales o están disgregados por distintos lugares del país sin mayor significación política u organizativa (me refiero a comunistas,

troskistas, guevaristas, anarquistas y muchos otros “istas”, que desaparecieron dejando tras de sí importantes tradiciones de lucha, aunque también una secuela de dogmatismo, de sectarismo y de ultraizquierdismo); están además algunos agrupamientos partidarios que sobreviven como las antiguas fuerzas paraestatales (del tipo del PARM y el PPS) pero bajo renovadas siglas como el Partido de los Trabajadores, cuya historia, vínculos políticos y abundancia de recursos financieros le ha valido el mote de la tendencia legislativa “maoísta-salinista”.

Frente a la complejidad de estas tradiciones internacionales y nacionales no está mal proponerse, como lo hace Daniel Bensaid desde la experiencia europea, mantener un espíritu de “dogmatismo abierto”, esto es, conservar los dogmas para resistir la adopción fácil de las ideas de moda (del tipo de “requerimos una izquierda moderna”), pero también salir al paso a la tentación de nomás reivindicar un discurso doctrinario cerrado (somos marxistas-leninistas y punto), porque estamos abiertos a evaluar las herencias de la cultura política de la que procedemos, conservando ideas claves y desechando aquellas

que hayan mostrado ser equivocadas.

Hay que advertir que aunque hay una izquierda armada que actúa, según información del propio gobierno, en por lo menos 7 estados del país, (incluyendo el D. F. y el Estado de México, Guerrero, Chiapas, Morelos, Oaxaca y Veracruz), algunos de ellos con una larga tradición histórica de resistencia campesina armada frente a los despojos de la acumulación capitalista, lamentablemente la realidad política y organizativa de la izquierda armada se percibe como precaria, ideológicamente modesta y marginal en términos sociales, exceptuando al zapatismo. Eso le ha acarreado a sus militantes, cuando caen en manos de los cuerpos policiacos, del ejército y de la justicia, gravísimas violaciones a sus derechos humanos, dejando abiertas muchas de las heridas de la guerra sucia de los años setenta y ochenta.

Respecto a la izquierda social amplia, surgida de o desarrollada en oposición a los agrupamientos tradicionales ya desaparecidos, actúa casi siempre con acuerdos tácitos o explícitos en organizaciones sindicales, en colonias y barrios,

en escuelas primarias, normales y universidades, en organizaciones campesinas, indígenas y en agrupamientos culturales, en la prensa o en la radio, lo cual nos explica que distintas regiones del país pero especialmente la Ciudad de México, sea hoy reconocida como una ciudad “de izquierda” sostenida heroicamente en un ambiente de neoliberalismo salvaje, gracias a que contaba con un referente común básico que es el parteaguas moderno de las movilizaciones estudiantiles-populares que fueron descabezadas con la represión al movimiento estudiantil de 1968 y de 1971, pero presente en los subsiguientes esfuerzos de condensar autorepresentaciones sociales en diversos ámbitos (insurgencias sindicales, democratización de universidades e instituciones de educación superior, en la construcción de sindicatos, procesos de autorganización popular en barrios después del sismo de 1985, en los movimientos de acción ciudadana por la presentación de detenidos y desaparecidos, en las respuestas de las coordinadoras nacionales y los frentes de lucha popular, en las luchas electorales como la de 1988, y mantuvo capacidad de movilización y solidaridad como la desplegada ante el levantamiento zapatista en enero de 1994,

etcétera).

Todo esto es el producto de la acción conjunta de todas las vertientes de la izquierda social, aunque ninguna pueda plantear que ha sido “su” éxito o que ello es resultado único de su esfuerzo. Al igual que es un mérito colectivo el que se hayan socializado en el país muchas de sus críticas al neoliberalismo y al propio proceso de integración económica que está codificado en el TLCAN desde su entrada en vigor en 1994. Por ello mismo, podemos decir que el proceso de avance social y político en las luchas democráticas de la izquierda ha sido asincrónico por regiones y asimétrico por instituciones, espacios políticos y planteamientos estratégicos, de tal manera que este resultado global no es tan extraño.

¿Cuáles son los principales referentes actuales de la izquierda?

En la compleja y desigual realidad de la izquierda mexicana actual en cierto sentido, hay dos grandes ejes de referencia nacional, el PRD y el zapatismo, básica aunque no exclusivamente. Veamos al primero: el PRD es un partido formalmente nacional, aunque en realidad es un



partido con influencia en el mejor de los casos multiregional, pero muy lejos de tener presencia en todo el país. Tiene un peso minoritario en el Congreso, aunque tiene formalmente el gobierno de una de las ciudades más grandes del mundo y es también gobierno en otros cuatro estados (Baja California Sur, Zacatecas, Michoacán y Guerrero) y en numerosos gobiernos municipales tiene alguna forma de representación.

El PRD vive hoy una triple crisis: de credibilidad, una crisis moral y una crisis organizativa, en la medida en que su “realismo político”, las prácticas clientelares y el pragmatismo en las alianzas, lo han desdibujado como opción creíblemente de izquierda, pero lo peor, que está tocado por una grave crisis moral en la misma medida en que miembros destacados de su dirigencia fueron exhibidos en cadena nacional por los medios de comunicación de masas recibiendo dinero de parte de empresarios que ofrecieron recursos para financiar sus campañas electorales, metiendo al partido en la “política de los escándalos”; la crisis organizativa radica en que las corrientes internas se reparten cuotas de poder por un mecanismo de seguimiento al liderazgo

carismático de Cuauhtémoc Cárdenas, al que erigieron en el fiel de la balanza entre ellas, pero también esa crisis se expresa en que no hay respeto a las instancias internas (el tratamiento de los temas en litigio se estanca o se desarrolla dependiendo de la conveniencia política) y, sobre todo, porque hoy la militancia voluntaria es restringida y predomina la militancia profesional y pagada, además de que el partido no existe como tal en la mayor parte de los estados de la república.

Sobre esa estructura, hay que decir que el liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas en el PRD, si bien es uno de los personajes que tuvo potencial para aglutinar a toda la izquierda comenzando por la “nomenclatura” de las tribus del PRD, también es cierto que ni en 2000 ni ahora ha podido repuntar significativamente en las preferencias del electorado (aunque todos decimos que ello se muestra “sólo” en las encuestas y que éstas son de dudoso valor concluyente); lo cierto es que estos sondeos ya son de indudable valor indicativo de una situación política que persiste desde hace tiempo y que no puede ignorarse: el desgaste de su figura por haber pasado por el gobierno de la Ciudad de México sin mostrar proyecto de cambio

significativo, por oscilar a la izquierda y a la derecha en sus opiniones sobre temas tan sensibles como la reforma energética, el TLCAN y hasta los orígenes del deterioro de la vida interna y la crisis moral del PRD.

Peor aún, como "líder moral" del PRD, Cárdenas no sólo perdió la iniciativa política al dejar que por su parte, el asunto del desafuero de López Obrador corriera sin pronunciamiento claro, oportuno y contundente en contra sino que al no encabezar masivamente la defensa del gobierno perredista, y al lanzar su pre-candidatura dentro del PRD justo cuando arreciaba el ataque para conseguir el desafuero, hizo dudar a muchos si no es que estaba comprometido con Fox y el salinismo para jugar el papel de candidato sustituto. Este delicado asunto, que ya es materia juzgada por las masas, no ha podido y difícilmente podrá remontarlo, porque ha seguido desplegando su precandidatura como si no ocurriera nada alrededor de la figura pública de más alto rango entre los gobiernos perredistas, atraído por los cantos de sirena de las cúpulas empresariales, que hoy lo erigen en "representante de una izquierda moderna y moderada", con tal de dividir al PRD.

Por otra parte, si observamos la actuación real del gobierno de la Ciudad de México, encabezado por López Obrador, podemos conceder que los ámbitos de su política social (educación y salud) son sus puntos más atractivos para la población abierta de la Ciudad, aunque requieren un examen más detenido (porque, por un lado, muestran el despliegue de importantes programas para enfrentar problemas reales, como los de prevención del delito, la violencia y las adicciones en las 250 colonias de más alto índice delictivo, pero sobre todo los importantísimos programas de apoyo de pensión alimentaria para los adultos mayores, de útiles escolares para alumnos de preescolar, primaria y secundaria, de desayunos escolares, la creación de la Universidad de la Ciudad de México, del Hospital de Especialidades en Iztapalapa, etcétera; pero por otro lado, está la crítica del perfil claramente clientelar que tienen algunos de ellos). Con todo, la descalificación de sectores de las cúpulas empresariales como "populista radical" está más por su crítica a la voracidad de ex-banqueros con el Fobaproa, pues les anticipa lo que puede pasar con su "parasitismo financiero" si él ganara la

Presidencia.

Sin embargo, revisando su actuación en el resto de asuntos claves para la vida de la ciudad, podemos comprobar que sus criterios han sido claramente proempresariales y muy poco alternativos según las aspiraciones de ecologistas, defensores de derechos humanos, izquierdistas sociales o feministas (la construcción de un segundo piso en el sistema vial periférico para el tráfico de automóviles y la segunda prioridad presupuestal para el Metro), la discutible pertinencia de la adopción de los criterios neoyorkinos de Giuliani de “tolerancia cero frente a la delincuencia” para mejorar la seguridad en la ciudad (a costa de violar las garantías individuales y empujar la militarización de facto de la policía), el carpetazo a la investigación sobre la muerte de Digna Ochoa en medio de graves inconsistencias procesales de la PGJDF, la falta de impulso a la organización vecinal como base de soporte de la participación ciudadana en los asuntos de la ciudad (supuestamente para no darle poder a la nomenclatura perredista que no está con él), la política laboral (negando derechos bajo el pretexto de que son bases expriistas, el impulso a la

restauración del Centro Histórico que lleva a expulsar violentamente a las indígenas mazahuas vendedoras ambulantes, etcétera.

Con todo, su énfasis proempresarial es hábilmente discreto y a los ojos de la gran opinión pública, el de López Obrador es simplemente un gobierno con empuje, promotor de obras públicas en un mar de parálisis económica, básicamente identificado como honesto, crítico de la voracidad de los banqueros, crítico severo pero cauteloso del modelo neoliberal y, además, un gobierno esencialmente austero en un país hipersensible a los excesos de la presidencia imperial. Sobre todo, se ha ofrecido como un gobierno “solidario con los pobres”.

Por todo ello, en el gobierno del D. F. y en las instancias de la vida cotidiana de la ciudad, el PRD y su gobernante acumulan virtudes y defectos diferenciados, aunque igualmente expuestos a escala nacional e internacional, dada la importancia de la urbe: alrededor de 11 mil millones de dólares de presupuesto, una masa urbana que alberga casi 20 millones de habitantes y con un PIB mayor que el de toda Centroamérica

junta.

Tampoco hay que olvidar que es un gobierno que, como los luchadores de judo, ha sabido aprovechar la fuerza de sus atacantes neoliberales que promovieron el desafuero, para desmontar el ataque y proyectar con fuerza su imagen y su virtual candidatura a la presidencia de la república, aprovechando el envión para montar una organización constituida como “red de redes ciudadanas” que vislumbra la idea de que al proceso electoral irá con o sin el PRD, cuya estructura de poder es esencialmente “cardenista”. Otro problema está en que si el énfasis es que su resistencia es pacífica, ha quedado marcado por su tono autoritario e individualista en el que sólo él decide lo que se hace, decide quién dirige la lucha contra el desafuero y pretende decidir además quién es violento y quién no, sin definir por otro lado los términos de la resistencia pacífica y cuando los alcances de la lucha tenderán a ir mucho más allá de sus propias fuerzas afines.

López Obrador ha logrado montar un liderazgo carismático, le ha arrebatado la iniciativa política a Cuauhtémoc Cárdenas y al PRD y se

proyecta nacional e internacionalmente como gobernante viable y de centro-izquierda (así lo promovió Alejandro Encinas en gira por Estados Unidos). Ha sido desafortunado, pero no parece que perderá todas las instancias de poder de la ciudad y ha logrado dejar las cosas en términos de que si le quitan los derechos políticos, gana y si se los dejan, también gana. Hay que contar con eso y hay que fijar claramente las exigencias mínimas para, eventualmente, apoyar una candidatura con esas características tan complejas. Previendo también que la desesperación de los gringos, el foxismo y las élites empresariales los impulse a ensayar a partir de ahora, otra serie de episodios, quizás violentos, para frenarlo y, a partir de ahí, desarticular a la izquierda en todas sus expresiones, partidistas, social, armada, cultural.



**UNIDAD NACIONAL  
¡TODO EL PODER AL PUEBLO!**

**1a Edición Diciembre 2005**

ESTA EDICIÓN ES SUPERVISADA POR EL PARTIDO DEL TRABAJO, UBICADA EN AV. CUAUHTÉMOC NO. 47 COL. ROMA, C.P. 06700, DELEG. CUAUHTÉMOC, MEXICO, D.F. Y CONSTA DE 3000 EJEMPLARES Y SE IMPRIMIERON CON CLAUDIA HERNÁNDEZ CORONA ESCUADRÓN 201 NÚM. 20 COL CRISTO REY DELEG: ÁLVARO OBREGÓN, MEXICO D.F. ESTA EDICIÓN SE TERMINO DE IMPRIMIR EL 8 DE DICIEMBRE DEL 2005.